

SAN ANTÓN Y SAN ROQUE, EL COCHINO Y EL BOTO, EN EL FOLCLORE ATENCINO

Por Tomás Gismera Velasco



Dos fiestas, agrícolas y ganaderas, enraizadas en Atienza, entre el folclore y la religiosidad, desaparecieron de la villa en los primeros años de la década de 1960, al hilo de la emigración que por aquellos años arrasó como un vendaval una buena parte de los pueblos de la provincia, las tradicionales bendiciones de animales y rifa del cochino por San Antón, (17 de enero), y la quema de botos y procesión de mozos por San Roque, (16 de agosto).

A través de este trabajo se trata de llegar a una aproximación de cómo se celebraron, puesto que desaparecidas ambas del calendario festivo de la localidad y sin documentos que las reflejen, este trabajo se basa en

testimonios recogidos entre el vecindario, así como recuerdos y propias vivencias.

San Antón.

San Antón, o San Antonio Abad, tuvo en Atienza, desde épocas medievales, una arraigada tradición a través del convento allí existente, levantado en sus orígenes extramuros de la población, frente a la antigua puerta de la Villa, a juicio del historiador Layna Serrano fundado en el siglo XIII por San Juan de Mata.

Cierto o no, el origen de su fundación, dicho convento convertido con el paso del tiempo en hospital, regido por los canónigos regulares de San Antonio Abad, los más popularmente conocidos como antoninos o antonianos, atendió históricamente a los enfermos de peste y enfermedades contagiosas, particularmente a quienes padecían el llamado “fuego de San Antón”, enfermedad de origen desconocido durante varios siglos, caracterizada por ulceraciones en la cara, y producida por el cornezuelo del centeno, cuya harina fue el principal elemento para la elaboración del pan hasta siglos recientes en época de carestía del trigo. Igualmente es probable que el nombre de la enfermedad se deba a la atención que a los enfermos prestaban los antonianos.

La vida del santo titular, que ya fue contada en el famoso libro de vidas de santos “La leyenda dorada”, escrito por Santiago de la Vorágine, se popularizó en España y principalmente Francia, a donde llegaron sus reliquias a lo largo del siglo XI. La leyenda de la milagrosa cura de ceguera a los cerdos, o jabalíes, según las traducciones, y la protección que a partir de dicho acto facilitó al santo una cerda, o jabalina, se hizo tan popular que, enraizada en la tradición, pasó a la historia como el santo patrón de dichos animales, extendiéndose después al conjunto del reino animal.

Es tradición que los primeros conventos de la orden, como tantos otros, se